



ASPAS ROJAS EN LA BRUMA

Francisco Endrino

ASPAS ROJAS EN LA BRUMA



Primera edición: junio 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Francisco Endrino

ISBN: 978-84-18828-20-1

ISBN digital: 978-84-18828-21-8

Depósito legal: M-19721-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Dedicado a ellos, a esos hombres y a esas mujeres. A mi querida infantería; a los que a pesar de saber que el objetivo está lejos, siguen andado. A los que a pesar de que la misión es dura, siguen sin pensar en el coste. A los que a pesar de saber que la noche puede hacerse día, siguen en vela. A los que con su sacrificio, saben que están dando la tranquilidad de los suyos. A los que con un mendrugo y una naranja se ríen de la muerte diciendo qué festín. A los que miran al cielo y saben que pueden ir a él, pero que irán gustosos pues es su deseo. El deseo de servir y el deseo de luchar. A los que son ni más ni menos que el primer baluarte de España. Por eso.

«Si de tu oro el sol es garantía, el rojo de la dos franjas restantes lo garantiza tu fiel Infantería, mientras les quede sangre a tus infantes».
Academia de Infantería de Toledo

Y al capitán Alomar páter en el antiguo B.I.P; a él, por ser el primero en contarme la gesta de esos infantes del tercio de Zamora en el milagro de Empel. Y a mi primera maestra. Por enseñarme a creer en lo que me gustaba.

Cuando todo estaba perdido y las puertas del infierno
esperan abiertas a los hombres del Tercio de Zamora,
un hallazgo las cerró de un portazo.
El día en que Dios heló las aguas para salvar a un tercio español.

Aquí la necesidad
no es infamia; y si es honrado,
pobre y desnudo, un soldado
tiene mejor cualidad
que el más galán y lucido;
porque aquí a lo que sospecho,
no adorna el vestido al pecho,
que el pecho adorna al vestido.
Y así, de modestia llenos,
a los más viejos verás
tratando de ser lo más
y de aparentar lo menos.
Aquí la más principal
hazaña es obedecer,
y el modo cómo ha de ser
es ni pedir ni rehusar.
Aquí, en fin, la cortesía,
el buen trató, la verdad,
la firmeza, la lealtad,
el honor, la bizarría,
el crédito, la opinión,
la constancia, la paciencia,
la humildad y la obediencia,
fama, honor y vida son
caudal de pobres soldados;
que en buena o mala fortuna
la milicia no es más que una
religión de hombres honrados.

*Al Infante de los Tercios
Calderón de la Barca*

Prólogo

MADRID, ENERO DEL AÑO 1584

Una obsesión le seguía desde hacía un año. La idea de perdurar en el tiempo en una ciudad como Madrid le estaba costando la salud. No dormía, comía poco y bebía demasiado. El alcalde le había hecho encargado de un proyecto y la viabilidad del mismo. Si le defraudaba no llegaría a arquitecto real y a la vida en palacio, con sus lujos y su posición; y lo que más le obsesionaba: dejar una gran obra con su nombre en el tiempo. Era el encargado de la construcción de los nuevos barrios, pero eso no tenía mérito ni valor alguno para él. Él quería una obra mayor. Primero la plaza del mercado, y luego la gran Plaza Mayor. El rey había elegido al vanidoso Juan de Herrera para la remodelación de las casas de manzanas.

Él haría una obra mayor, y así sería el elegido por su alteza. Tenía una meta y un sino. No dejaría que nadie se interpusiera. Ni el mismísimo alcalde le podría parar; le tenía convencido de lo bueno de dejar espacios públicos en el centro de la villa. Solo había una cosa que le separaba de su meta, las dichas casas de la calle del Nuncio. Estas no estaban habitadas por simples personas, sino por hidalgos y ricoshombres que servían bien al rey.

Pero tenía una baza en su poder, el alcalde. Este le firmaba todo lo que él le daba. Hacía 20 años que la corte de Felipe II se había trasladado a Madrid y el rey quería una ciudad digna de su grandeza y majestuosidad. Al mismo tiempo, el alcalde era hombre de gran-

des empresas para agradar a su majestad. Y ahí entraba él. Su plaza se haría con la aprobación de los vecinos, o sin ella.

Estaba en su despacho. A pesar del frío apremiante aguantaba estoicamente, solo refugiado en un brasero que adolecía de ímpetu en lo que a calentarle las piernas tocaba, esperando a un hombre que no soportaba, pero que era una buena herramienta para sus fines. «El dinero todo lo puede y la posición todo lo logra», pensó.

El individuo estaba en la salita esperando a que le recibieran; era bajo, de cierta edad, calvo, muy delgado, con la boca manchada y los dientes ennegrecidos. Vestía de negro y llevaba la vara que le acreditaba como alguacil municipal. Andaba de acá para allá, a pesar de la cojera. Una antigua herida recibida en Terramunda. Gracias a esta y al ser suficiente a lo que méritos se refiere, le había valido para el puesto que tenía. Mientras esperaba, mordía una raíz de Paloduz. En ese momento entró en la salita un escribiente y dijo:

—El secretario le recibirá ahora, si le place —este, muy nervioso, llamó a la puerta.

—¿Da su permiso, señor secretario?

—Entra y no demores más este asunto... Feo asunto fue en el que me embarcasteis.

—Pero, señor secretario, fue vos el que se dirigió a mí persona, y no al contr... —pero el flaco no pudo continuar.

—¡Silencio! ¡Cierra tu sucia boca!

—Como quiera, señor...

—¡Calla! Vive Dios, que quiero el asunto de las viviendas resuelto de inmediato. El alcalde me apremia, y yo ya he dado mi aprobación a tal proyecto. Necesitamos ese espacio.

—Pero, señor secretario, conseguir espacio para las quinientas casas, en un barrio tan atestado de gente... Tendríamos que realojarlas, y eso nos llevaría mucho tiempo.

—¡Me da igual! Quiero a esa gente realojada o reubicada, me tiene sin cuidado. Vive Dios, el barrio o el pueblo. Haz lo que sea, quiero a esa gente fuera de mi plaza.

—Como guste, señor secretario.

—Ahora podéis retiraros —pero el flaco alguacil se esperó en silencio. En ese momento, el secretario comprendió la espera y abriendo un cajón de la mesa, sacó una pequeña bolsa, la abrió y lanzó varias monedas. El alguacil se apresuró a recogerlas del suelo. Mientras, el secretario finalizó diciendo:

—Este es el primer pago. El resto lo hallaréis cuando el alcalde visite la zona y así dé por concluidas las obras de ampliación de la plaza del mercado..., mi plaza.

El alguacil se inclinó y se fue hacia la puerta. En ese momento:

—¡Ah!, una última cosa. El dinero para el pago de los realojos lo obtendréis donde siempre.

—Señor secretario —dijo muy displicente el alguacil.

—Y deja de comer ese sucio palo, da asco solo mirarte. Y además apesta a ese... ¡Fuera!

El alguacil no dijo más, hizo una nueva reverencia y salió del despacho.

Al día siguiente, a la calle del Nuncio, llegó el alguacil, que martillo en mano iba clavando el bando municipal en algunas puertas más representativas. La alpargatería, la panadería, el almacén de aceites y alguna que otra portada grande de corralas de vecinos.

Blanca estaba cosiendo en la corrala, con dos vecinas, al amor de un buen fuego que había en el centro del patio, aprovechando la luz del mediodía. En ese momento, los chicos llegaron corriendo; venían de jugar en el pasillo de la casona. Su hija mayor Elvira dijo:

—Madre, están pregonando algo y se oyen martillazos en las puertas.

Alarmadas, las tres mujeres se fueron a la puerta. Al abrirla, la más mayor de ellas arrancó el papel y dándoselo a Blanca preguntó:

—Blanca, tú sabes leer. ¿Qué dice?

Blanco lo leyó y después de asimilar el bando dijo:

—Pues que por obras en esta calle y en toda la manzana, nos tenemos que... marchar.

—¡Qué dices! ¡Y cómo puede ser tal cosa! —dijo la otra, alarmada ante lo que se les venía encima.

—El acomodador del Ayuntamiento va a hacer una plaza aquí, y necesita el espacio. Y además han declarado la corrala en ruinas. Tenemos tres días para salir de aquí y firmar el realojo.

—¡Ay, Dios mío! ¡Pero dónde vamos a ir!

En ese momento Blanca leyó y dijo:

—Aquí dice que en la estafeta de la alguacilería está la lista. Teodora, quédate con los chicos —en ese momento los niños les estaban mirando expectantes.

—Madre.

—Dime, Elvira.

—¿Nos van a quitar la casa?

—No, mi vida. No. Ahora quedaros con la señora Teodora. Rufina, acompáñeme.

Esta era de mediana edad, se quitó el mandil y, sin más, acompañó a Blanca a informarse.

Llegaron a la calle de la Colegiata. Allí estaba la estafeta, que ya se llenaba de gente. Cuando les tocó el turno, entraron y allí estaba el alguacil, sentado detrás de una pequeña mesa con unos royos de papel con el censo y las calles afectadas.

—¡Hilario!, ¿qué significa esto? ¡Y solo tres días!

—¿Qué quieres...

—¿Que qué quiero? Lo que todos. Que nos dejes en paz.

—Yo cumplo el mandato del alcalde.

—Ya. Y todo por esa dichosa plaza —en ese momento, Blanca se dio la vuelta y gritando dijo:

—¡Oídmeme! ¡El Ayuntamiento no nos puede obligar a mudarnos! Nuestros maridos han sudado sangre por tener el techo que tenemos —mientras hablaba, el alguacil buscaba el nombre de la calle y luego el sitio que les había tocado. Cuando lo había encontrado, se levantó y dando un golpe con la vara en la mesa dijo:

—¡Silencio! Parecéis gallinas hambrientas —luego, señalando la lista, dijo—: Tú y tus vecinos no os podéis quejar. El consistorio

os pagará el realojo y a cambio os compensará con tres escudos... Veamos, reediós, te ha tocado una casa solariega en los Carabancheles, cerca de la ciudad.

—Mi casa, a cambio de tres míseros escudos y una choza en los Carabancheles... No me iré a un pueblucho de labriegos. Soy la mujer de un alférez del rey, y no me iré. ¡No nos pueden obligar! —gritó Blanca volviéndose hacia la multitud.

La gente, animada por las palabras de Blanca, se amotinó; y las voces y quejas se alzaron. Como pudieron, los seis alguaciles desalojaron a los allí presentes. En su mayoría, mujeres y hombres viejos. Luego la puerta se cerró.

Pero antes de producirse eso unos ojos llenos de ira se cruzaron con los de Blanca; esta iba animando a la gente a no acatar el bando municipal y a pedir mediación a su católica majestad.

Esa misma tarde el alguacil llamó a la puerta del secretario. La puerta se abrió, y este muy humilde dijo:

—Quisiera que el señor secretario me diera audiencia si no es indiscreción. Es importante —el sirviente lo miró de arriba abajo y dijo:

—¿A estas horas? No creo que mi señor quiera importunos a tan tardía hora.

—Pero es cosa de asuntos importantes y que el señor secretario lleva de primera mano —en ese momento la puerta se abrió y tras de ella apareció un hombre que vestía de cuero negro con capa y sombrero de ala ancha muy delgado y con cara aguileña, de ojos verdes oscuros, con mirada fija y ojos entreabiertos. Dijo:

—Entra y acompáñame.

El alguacil seguía con dificultad al hombre, pues este andaba deprisa. Cruzaron el patio, rodearon el pozo y llegaron a unas escaleras. Las subieron y anduvieron por otro pasillo, la casa era grande y lujosa. Llegaron a una habitación, la puerta se abrió y allí estaba el señor secretario con ropa relajada y sosteniendo una copa, cerca de la chimenea que rugía con fuerza, para calentar la estancia. Sin más, el alguacil se presentó:

—Señor secretario, pido disculpas de antemano por importunaros a estas horas, pero tengo algo que comunicaros.

—Ahhhh, mi fiel amigo Hilario. Para las buenas noticias nunca es tarde. Y bien, entiendo que venís a decirme que esas manzanas de casas están desalojadas y que los derribos pueden comenzar lo más pronto posible. ¿No?

El alguacil se hacía más pequeño por momentos y casi sin mirar a su interlocutor dijo:

—Bueno, ha surgido un problema.

—¿Problema? ¿Qué problema?

—Una mujer.

—¿Una mujer?

—Una tal Blanca —desenrolló un documento y continuó—: Blanca Garcés. Mujer de un hidalgo del rey. Esta no acata el bando y ha enardecido al barrio a que tampoco lo haga y, para colmo, va diciendo que van a apelar a la mediación de su majestad el rey.

El secretario se fue al mueble y se llenó de nuevo la copa. Después se fue a una mesa donde tenía un gran plano de la villa de Madrid y dijo sin mirar:

—¿Sabes cuántos incendios ha habido en esta ciudad? —el secretario no dejó hablar al alguacil, aunque este no tenía la menor intención de contestar, pues tampoco sabía ni tenía idea de la cuestión planteada.

—Pues yo te lo diré. Como el que esta noche se va a producir en ese barrio..., ninguno.

—Pero, señor secretario, ¿cómo sabe vuesa merced que eso ocurrirá?

El secretario se acercó al alguacil y cogiéndolo del pecho dijo:

—Pues porque vooooo, túúúúú, lo harássss por mí y por bien de la villa y del espacio público.

—¿Pero...?

—Pero nada. O quieres que nuestro amigo alemán, Manfredo, te anime —señaló con la cabeza al Jaque que estaba apoyado en la sombra del rincón de la habitación expectante, saboreando una

manzana. Este lo miró y sonrió. El mismo que le había guiado allí, más alto que él, de pelo pajizo y con barba puntiaguda. Este se incorporó, y se echó mano a la daga. Pero en ese momento el alguacil dijo:

—No, nada. Señor secretario, se hará. Vaya llamando a los alarifes y aguadores. Madrid se iluminará esta noche, a fe mía.

—Recuerde, solo quiero esas tres manzanas.

—Ya, tres manzanas. Así se hará —el alguacil no dijo más y muy pensativo, a la par que preocupado, se marchó.

El joven Benito andaba por las callejuelas cerca de la taberna del Ciego. De su cocina se tiraba poco, pero si los cocineros se descuidaban podría llevarse algo de longaniza de las que secaban al lado de puerta, al calor y al humo de los fogones. Si le pillaban se jugaba una buena tunda o tal vez unos días en los calabozos de la alguacilería. Se mantenía en la sombra, esperando el momento, mientras saboreaba unas ricas castañas que había robado en la Puerta del Sol. Cuando pelaba la última vio a un grupo de hombres que se refugiaban detrás de sus capas; la curiosidad se apoderó de él.

Se acercó a la esquina y se puso detrás de unos cestos vacíos y allí pudo oír palabras oscuras: «trabajo», «escudos de oro» y, la que le alarmó, «fuego» y «malditos vecinos».

Luego oyó: «Primero La Venta del Olivo». Sin querer se estremeció, pues su casa estaba detrás de La Venta y al sobresaltarse movió la pila de cestos. Estos se cayeron llamando la atención del grupo de hombres.

—Vamos, rápido, no queda mucho.

—¡Qué ha sido eso! ¡Pardiez! —Benito recurrió a su truco más usado.

—¡Míuuuuuuuu!

—Es un sucio gato —dijo uno de ellos.

Se hizo el silencio que solo lo rompió una voz decidida.

—Vamos, no perdáis el tiempo, hay trabajo que hacer. Vive Dios.

Sin más los tres hombres salieron por la callejuela. En ese momento Benito aprovechó y se asomó. No pudo ver la cara del que parecía el que había mandado el trabajo, pero sí pudo ver un detalle que no escapó a sus ojos y a su memoria.

Blanca estaba profundamente dormida cuando los gritos y la extraña claridad que entraba por la escalera la despertaron. Sin pensarlo corrió por el pasillo a la habitación donde dormían sus dos hijas. Cuando llegó el humo entraba a bocanadas por la escalera.

—¡Elvira! ¡Ramira!

Las niñas salieron al pasillo asustadas. Se abrazaron a su madre y luego a esta le corrió un escalofrío al asomarse a la habitación del pequeño Herminio y no verlo.

—¡No está! ¡Vuestro hermano no está! —en ese momento gritó.

—¡¡¡Herminio!!! ¡¡¡Hijooooo!!!

Las niñas comenzaban a toser y a gritar de miedo.

Blanca tenía que pensar rápido, a pesar de su dolor. Si su hijo se había vuelto a levantar a perseguir a los gatos de la corrala, estaría perdido, pero tenía que poner a salvo a sus dos hijas. Con lágrimas en los ojos se armó de valor y buscó una salida. Las llamas se comenzaban a comer las puertas del patio y las escaleras. Sin pensárselo, cogió a sus hijas y salió al balcón. Desde allí pudo ver la escena de la calle: el incendio se extendía por toda la manzana y ya arrasaba todos los locales, desde La Venta del Olivo a las casas de los zapateros. Sin más mandó a las niñas coger las cortinas y rasgarlas para poder hacer una especie de cuerda con la que descogarse. Cuando las tenía atadas la primera en bajar fue Ramira y luego la mayor Elvira. Las niñas lloraban y con mucho miedo y frío lograron bajar a la calle que se llenaba de gente que salía a duras penas de sus casas por ventanas, puertas y portales en llamas. El fuego se extendía rápido. Blanca cogió a sus hijas y se encaminó para la esquina más cercana para alejarse del humo y del calor de

las llamas. En ese momento pasaron por el portalón de la bodega chica y la noche se volvió más oscura aún, pues toda la fachada se desplomó.